



¿ES HOY LA CIUDAD PRENDA DE FELICIDAD PARA EL CIUDADANO?

JOSÉ SEGOVIA PÉREZ

No pretendo escribir algo que resulte complaciente a los posibles interlocutores políticos a los que se les ocurriese leer estas líneas; tampoco lo pretendo, por más que me gustaría que esto que digo resultase claro y creíble a quien tuviere la ocurrencia de perder unos minutos con esta “alalia”. Y tampoco voy a recurrir a algo que no sea estrictamente racional y razonable, en sentido etimológico; es decir, todo lo que diga lo fundamentaré en situaciones razonadas reales del pasado o del presente.

Debo decir también que respecto de la ciudad, como respecto de cualquier otra cosa que afecte a la vida de las personas, no hay decisiones ejecutivas que sean “solo técnicas”, salvo para el cada vez más nutrido grupo de “tecnócratas”, es decir, el de los que creen que la tecnología es “autónoma”, o sea, regida solo por el “imperativo tecnológico”, aquel que afirma que lo que puede hacerse debe hacerse.

Por estúpida que parezca esta actitud, porque parece que supone una intencionalidad práctica (útil, bella y buena son las tres dimensiones de la razón práctica humana, creo) a la conducta humana, aparecen por doquier decisiones técnicas, aparentemente tomadas por personas, en las que es difícil descubrir algún rasgo de los que hacen singular a nuestra especie – excepción hecha de la guerra, el hambre y la obsesiva degradación de nuestra casa que es la Tierra -. Veamos algunas que nos vienen a la mano con solo abrir los ojos (para leer o ver, ¡claro!): el gas sarín, mortal de necesidad, sin ninguna – ninguna – aplicación práctica, salvo para matar (alguno dirá que si es que puede haber aplicación más práctica que esta); costosas vías de tren por las que circulan a gran velocidad trenes sin viajeros (eso me recuerda la definición que hacíamos de la “mili”: no hacer nada a toda velocidad); aeropuertos en los que no aterriza ningún avión pero donde se entrenan sin ninguna molestia coches deportivos cuyo objetivo es correr cada vez más deprisa (¿para llegar a dónde y con qué objeto, digo yo?). Et sic cetera (porque la lista de eventos parecidos es interminable). Recordemos que nadie da una puntada sin

hilo y que nada de lo que hacemos las personas deja de tener un fin, porque construir trenes sin viajeros y aeropuertos sin aviones, picaderos sin caballos... tiene un objeto, ¿verdad? Así que, ¡cuidado!, porque las decisiones “solo técnicas” siempre acaban matando un hombre y rompiendo un paisaje.

No viene a cuento hablar ahora de la ciudad “sagrada” ni de esa que era sede de aquel “don que viene de lo alto, del padre de las luces”, es decir, de la ciudad divina; solo me referiré a la ciudad “política” (perdóneseme la obvia redundancia), la que procede de Grecia. Dice Aristóteles que los ciudadanos fundaron las polis “por amor de la vida”, es decir, para sobrevivir en mejores condiciones frente a los perennes asaltos de ladrones y piratas, propiciando la primera emigración masiva del campo – tras destruir las aldeas – a la ciudad; lo que se llamó el sinecismo o sinoecismo, la economía compartida. Todo lo que es bueno tiene un precio: la consecuencia de ello fue que apareció la injusticia social, el desorden... junto con mayor abundancia y “seguridad” (frente a los piratas, pero no frente a los conciudadanos). Como todo en la vida, las cosas buenas que aquello produjo solaparon a las malas.

Inmediatamente, tras asegurar los cambios y propiciar la anhelada seguridad y apacibilidad de la vida, como contrapeso a la concentración de poder que se había producido (la vida en las aldeas permitía una participación más directa que en la polis) se dieron a un curioso experimento democrático en el que descubrieron la igualdad jurídica – isonomía -, la igualdad ciudadana y hasta los habitantes vulgares como Tersites, en virtud de la isegoría – la libertad de expresión-, se atrevían a interpelar a todopoderosos reyes como Agamenón. Pero la desposeída aristocracia rural se recuperó y comenzó su contraofensiva.

Desde entonces, los habitantes de la polis, es decir, “los políticos”, no han dejado de tratar de conciliar la seguridad que en teoría les proporciona la ciudad con la libertad, todo según la justicia debida – es decir, dentro de su cauce, en sentido griego¹ -, sin la cual la vida del ciudadano es una burla.

¹ Lo cual quiere decir que hoy no aceptamos su justicia porque era la de una sociedad esclavista, es decir, “heterogénea”, dado que la “fisis” (cauce, naturaleza) de cada uno al nacer marcaba su estatus social de manera indeleble.

Debates ciudadanos en la Puerta del Sol



Fuente: DPA.

Pero como los ciudadanos fueron creciendo en número y las ciudades haciéndose más grandes, la participación directa (la democracia directa) se hizo cada vez más difícil y hubo que “diputar”, es decir, delegar, la representación en unos pocos de esos ciudadanos (la democracia representativa), muchos de los cuales tuvieron que hacer no pequeños esfuerzos para entender

que no estaban allí para su medro personal sino como “diputados” (delegados) de los demás, cosa que comenzaron a olvidar con demasiada frecuencia e impunidad, en la misma medida en que crecía la pasividad y desinterés de sus convecinos. Da un poco de vergüenza recordar estas cosas, pero ¿cuál es la situación actual de esos desafíos en la ciudad moderna?

Mutatis mutandis, el sinoecismo fue un proceso parecido al de la revolución industrial del siglo XVIII: la liberación brutal de las fuerzas productivas a cambio de una fractura enorme en la convivencia social, un desgarrón terrible en la lucha contra la segregación social, la profundización en el proceso de dualización de la sociedad, aquella que llevó a Marx a decir que la humanidad se dividía en dos: explotadores y explotados. Tal proceso de dualización consistió, sin más, en el enriquecimiento de unos pocos frente al empobrecimiento de muchos; eso significó la aparición de las dos clases sociales que protagonizarían el siglo XIX: capitalistas y proletarios, como resultado de la revolución industrial, a la que muchos nos resistimos a ver como una época de “progreso” del espíritu humano.

Dice Toynbee que todo lo que es bueno tiene un precio. El precio del sinoecismo, hemos dicho, fue el nacimiento de la injusticia social, la alteración del orden social, un proceso desconocido hasta entonces que perturbó notablemente a los habitantes de la Ática, tan asombrados por la quietud y el inmovilismo y tan perturbados por el movimiento, el cambio y el desorden. Pero ese proceso originado en la aparición de la polis ha constituido un eje histórico perenne: *la pugna continua entre la seguridad y la libertad*. El paradigma moderno lo constituye la incidencia que tuvo la polémica desatada en EEUU tras los atentados de las Torres Gemelas en torno a ese dilema: seguridad o libertad. Por más que un dilema tan grueso admita multitud de sub-dilemas o disquisiciones: Libertad, ¿para qué? (¿les suena esta formulación?); seguridad, ¿para quién?; libertad o seguridad, ¿a costa de qué?

Manifestaciones en la Puerta del Sol



Fuente: DPA.

A escala mucho más modesta pero no menos relevante, este dilema es el que se plantea frente a cualquier conflicto cotidiano que tenga a la ciudad por escenario. En general, surge ahora en España el problema de no haber regulado aún el derecho de huelga. ¿Es un derecho ciudadano “okupar” la Puerta del Sol? ¿Es una violación de la seguridad personal de un diputado hacer eso que se

llama “escrache”? ¿No es un escrache mucho más violento ser desahuciado por las secuelas de una información dolosa y estafadora de un banco que “seduce” a sus clientes con tentadoras ofertas de hipotecas cuyos plazos mensuales son superiores a los ingresos de quien la solicita, o la apropiación indebida del dinero invertido en acciones preferentes suscritas gracias a una información dolosa de los bancos?, ¿No es un escrache mucho más violento por parte del Estado y con consecuencias más eficaces y funestas violar el contrato establecido con los funcionarios y quitarles – quitarles – la paga extraordinaria?. ¿No es un escrache violento violar el Pacto de Toledo referido a pensiones? ¿Se puede criticar un escrache so capa de que los niños de los diputados no deben ver esas cosas pero los hijos de los desahuciados sí pueden ver cómo les echan a sus padres y a ellos de sus casas?

Es tan difícil creerse que los pajaritos disparan a las escopetas como aceptar que la ciudadanía es perversa porque organiza escraches a los políticos, olvidando el continuo escrache que la banca, los poderosos, los empresarios, los políticos que elaboran presupuestos en

España, en Bruselas, en Bonn, etc. organizan habitual y cotidianamente a los ciudadanos.

Y lo que es peor: todos estos escraches impunes de los gobiernos, ¿no quiebran la confianza básica de los ciudadanos y hacen imposible el pacto tácito implícito en toda convivencia ciudadana? Si yo fuera político en activo y viera mi casa cercada por barreras policíacas de protección contra la amenaza de los ciudadanos que en teoría me tendrían que votar, la vergüenza torera elemental me obligaría a plantearme inmediatamente: ¿qué he hecho mal?, y, casi a continuación, dimitir irrevocablemente.

Si las encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) sobre intención de voto siguen el derrumbe iniciado, pronto veremos en las elecciones españolas un glorioso porcentaje de participación como el de las elecciones generales de EEUU. Es perenne la estimulante fuerza con que las oligarquías dominantes empujan a la ciudadanía hacia el exilio interior, hacia la desconexión de cualquier vulgaridad habitual que nos amarga los amaneceres si leemos periódicos o vemos telediarios.

Espacio público y convivencia ciudadana



Fuente: DPA.

El poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente (Lord Acton, 1887). En la perenne pugna entre seguridad y libertad siempre pierde esta última porque en definitiva el poder siempre tiene la sartén por el mango y la corrupción se estrella siempre contra la cara de los ciudadanos dejándolos desolados, aturdidos e impotentes, porque esas son las sensaciones que le

quedan al ciudadano que contempla las indemnizaciones de los miembros de los consejos de Administración de los Bancos y Cajas a los que han arruinado con su fraudulenta gestión, la desalmada utilización – perversión aberrante del lenguaje – cuando se identifica “reforma laboral” con despido libre, desregulación del mercado de empleo, deslocalización de empresas, o cuando a la nueva emigración económica al extranjero se le llama descerebradamente “movilidad exterior”, etc.

Thatcher pasará a la historia, junto con Reagan, por haber sido los dos los adalides de esta política desmesuradamente neocon y ultraliberal que ha tenido en el acoso a los sindicatos la muestra más fehaciente de lo que es la destrucción del tejido social para dejar el tejido financiero como único entramado social que funciona sin trabas, no porque el poder político esté de su lado sino porque los dueños del mercado financiero se han convertido en los dueños del mercado político.

Lo malo de la democracia es que no permite una política fuera del sistema democrático. En este sentido, la democracia es totalitaria dice Coetzee (2007) y por eso el

cinismo de muchos gobernantes estriba en utilizar un tabú desvergonzado: cualquier protesta es antisistema. Bueno ¿y qué? Es que es verdad: es el sistema el que no nos gusta nada.

Albert Camus, en Agosto del 37, ¡con 24 años!, escribe:

“Cada vez que escucho un discurso político o leo los que nos dirigen, me asusta, desde hace años, no oír nada que produzca un sonido humano. Son siempre las mismas palabras que dicen las mismas mentiras. Que los hombres se conformen con ellas, que la cólera del pueblo no haya abatido todavía a los fantoches, es una prueba, a mi modo de ver, de que los hombres no conceden ninguna importancia a sus gobiernos y que juegan, sí, realmente, juegan con toda una parte de sus vidas y de sus llamados intereses vitales”. (Camus, 2010: 485)

¿Quién no afirmaría poseer hoy los mismos sentimientos ante la aburrida, repetitiva, externa, incrédula cantinela que nos bombardea hoy desde cualquier televisión? Quiero subrayar que estas líneas podrían haber sido escritas hoy y dirigidas a cualquier dirigente político europeo o de otra parte del mundo, es decir, la corrupción, el discurso vacío, la evidente falta de

convicción, la mentira estólidamente mantenida, el feísmo político, la vulgaridad, la falta de ética y estética, parecen un componente genético de nuestra especie.

Se dice que Bebel, un parlamentario socialdemócrata alemán de los años treinta del siglo XX, se quedó un día horrorizado tras un aplauso de la derecha después de una intervención en el parlamento alemán: ¿qué habré hecho mal que la derecha me aplaude? – Se dijo-. Camus escribió en su diario algo parecido: “¿Habré dicho una estupidez?, dijo Foción un día en que el pueblo lo aplaudía”² (Camus, 2010: 604). En efecto, también Camus daba de vez en cuando rienda suelta a su ironía acerca del cinismo y la estupidez humanos. Para probar la suspicacia de la censura en los tiempos del periódico *Le soir republicain* y *Alger republicain* se permitía alguna diversión como la cita de Maurois, “Cuando un hombre está sobre un caballo, este siempre es el más inteligente de los dos”, o la crítica que hace al poder bajo el pseudónimo de Calígula: “Los hombres siempre se juzgan

² Foción fue un político ateniense del siglo IV A.C y uno de los protagonistas de las *Vidas paralelas* de Plutarco.

por el uso que hacen de su poder. Es notable que las almas inferiores siempre tienen tendencia a abusar de las parcelas de poder que el azar o la estupidez les han confiado” (Lottman, 1994: 260).

La desesperanza acerca de las posibilidades de nuestra especie le abordan cuando cita el Prólogo del *Tartufo* de Molière (“Nada hay, por inocente que sea, contra lo cual los hombres no atenten” (Camus, 2010: 605)), o dice que “el cinismo es la tentación común a todas las conciencias” (Camus, 2010: 519). Et sic cetera.

Cuando uno recuerda la alegría que nos embargaba a todos en 1976 y 1977 y lo compara con la pérdida de credibilidad en las promesas de los políticos de esta democracia abotargada y adocenada no puede por menos que reprimir el rugido que surge de lo profundo de su “almario”: ¿Qué hemos hecho mal, o mejor, qué no hemos hecho?

La perversión del lenguaje por obra de los políticos parte de un axioma básico: una mentira repetida, con el tiempo pasa a ser una verdad demostrada. “Tú miente y échame la culpa a mí”: es la perla ética, estética y lingüística que

el tal Álvarez del Manzano le sugirió a la perspicaz y culta alcaldesa de Madrid el otro día y que todos pudimos escuchar en los telediarios que no pertenecen a la ultraderecha mediática que abrumba al que comete el error de sintonizarles.

No soy un ciudadano sospechoso de combatir eso que se llama la partitocracia, perversa expresión de cuño netamente franquista, pero la degradación ética y estética de la política en concreto y de la vida pública española en general está tocando suelo. Decía Churchill que la democracia es el peor sistema político posible... excepción hecha de todos los demás. En efecto, esa es la trampa en la que estamos pillados.

Si leemos las *Cartas a un amigo alemán* de Camus - escritas entre 1943 y 1945, podemos aplicar de manera clónica las críticas a los nazis que hace Camus a la política que hace Merkel en estos momentos.

Etienne de La Boétie, el amigo de Montaigne, decía que:

“Quizá sea cierto, de entrada, que uno sirve porque ha de hacerlo, porque le obligan a ello, pero quienes vienen después sirven sin que les pese, y por su propia

voluntad hacen lo que sus predecesores hicieron bajo coacción. Resulta así que los hombres, nacidos bajo el yugo, criados en servidumbre, se contentan con vivir como nacieron (...) adoptando como su estado natural las condiciones bajo las que nacieron” (De La Boétie, 2010: 55).

Bien dicho. También decía que a un pueblo que ha perdido el miedo no hay despotismo que se le resista. Sin embargo, La Boétie se equivoca en un aspecto importante. Las alternativas no son la plácida servidumbre por un lado y la rebelión contra la servidumbre por el otro. Existe una tercera vía, elegida por millares y millones de personas todos los días. Es la vía del quietismo, de la oscuridad voluntaria, de la emigración interior (Coetzee, 2007).

También existe otra vía: la preconizada por Hessel y Sampedro, estos jóvenes de espíritu que acaban de desaparecer, pero cuyo testimonio debe quedar en nosotros como un rescoldo del fuego que debemos volver a encender.

En el Congreso mundial de la Ciencia de Londres en 1965, congreso clave porque significó la puesta de largo de

Kuhn acerca de la estructura de las revoluciones científicas, quedó claro que en todo acontecimiento científico deben estudiarse concienzudamente el contexto de la justificación y el contexto del descubrimiento. Por cierto, las páginas anteriores me parecen el contexto irremplazable a tener en cuenta por cualquier Plan General de Ordenación Urbana de una macro ciudad como Madrid, pero las decisiones técnicas que se tomen ¿serán pertinentes para satisfacer las necesidades de los ciudadanos de este pueblo?????

Bibliografía

- Camus, A. (2010). *Carnets. Mayo de 1935-febrero de 1942 (T. 1)*. Madrid: Alianza.
- Coetzee, J.M. (2007). *Diario de un mal año*. Milán: Mondadori, pág. 27.
- De La Boétie, E. 2010. *Discurso sobre la servidumbre voluntaria o el contra uno*, secciones, 20,23, Madrid: Tecnos.
- Lottman, H. (1994). *Albert Camus*. Madrid: Taurus.